

# EVADERNO SENTIMENTAL.

(ESTAMPAS DE ALBACETE.)



POR

Jose P. Perna.

### LECTOR:

Si este libro no fuere de tu agrado, habla de él todo lo mal que puedas —si es posible, peor que los amigos del autor—, y sea tu crítica acerba el Jordán en que el autor se purifique del pecado de haberlo escrito mal.

Mas si—por fortuna—no ocurriese así, recoméndalo, también todo cuanto pudieres. Que es deber ineludible de lectores conscientes ayudar al que empieza, cuando empieza bien.

## CUADERNO SENTIMENTAL

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

PIRUETAS DE LA VIDA. (*Cuentos.*)

EL DESTINO LO QUIERE... (*Novela. Prólogo de Vicente  
Diez de Tejada.*)

### EN PREPARACIÓN:

UN DRAMA VIEJO. (*Novela.*)

OLVIDADA. (*Cuentos del Dolor y del Amor.*)

PERDONAR. (*Drama en un acto.*)

JOSE S. SERNA

CUADERNO SENTIMENTAL  
(ESTAMPAS ALBACETENSES)



MCMXXVIII

---

ES PROPIEDAD

Copyright by JOSÉ S. SERNA, 1928.

Aparte de la edición general,  
han sido impresos, sobre papel  
especial japon, diez ejemplares  
numerados.

---

A GUISA DE PRÓLOGO

ORIGEN DE LOS NOMBRES

Señor

José S. Serna.

Mi distinguido amigo y  
compañero:  
Gracias por su carta (que  
mis continuas andanzas me han  
impedido contestar a su debido  
tiempo) y muchísimas gracias  
también por el bono que  
me dispensó usted dedicándose  
en libro Pincetas de la Vida,  
que con gran contentamiento  
espiritual acabo de leer que  
le esperan en la carrera, pues  
varia en los envidiables, una  
le adornan los principales  
lidades que todo buen escritor  
debe tener. Yo le felicito, y

aprovecho esta sesion para  
reiterarle la seguridad de mi  
afecto

Muy cordialmente suyo,

Eduardo } amadoris.

Madrid, 6 febrero, 1926





AUTORRETRATO



---

## AUTORRETRATO

*Hoy, día de mi tercera salida al campo castellano de las letras, cumpla 21 años.*

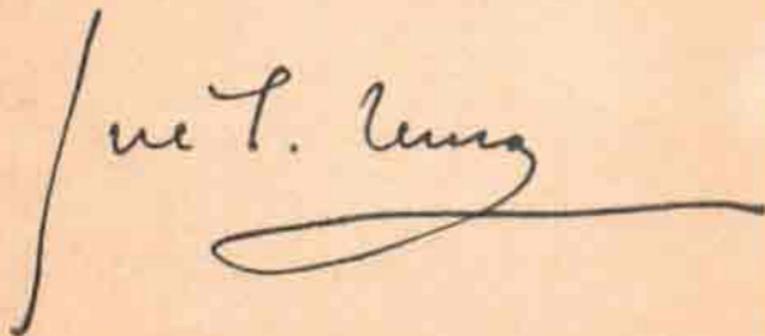
*Soy bueno y pobre y sentimental. Para mí ojal quisiera la sonrisa sangrienta de la ironía, porque la ironía es la rosa de los espíritus selectos—pétalos de delicadeza y espinas de elegante amargura—.*

*La vida y los Maestros no me trataron demasiado duramente, y pregunto a la Duda si fué para el arte mi torpeza excesiva. Sólo puedo decir que la Belleza se desnudó para mí una noche de luna, y yo la besé temblorosa y apasionadamente en los labios, en los ojos, en la frente...*

*Tengo 21 años, y el pudor de vestir con un gesto de hipócrita exaltación desmelenada la desnuda sinceridad de un «no sé qué» de desdén y de hastio que me mata.*

*¡Nací en la Mancha, como Don Quijote y como Sancho!*

Albacete, 30 de noviembre del 28.

A handwritten signature in dark ink, reading "Juan T. Arce". The signature is written in a cursive style with a large, sweeping flourish at the end.

Faint header text at the top of the page, possibly a title or page number.

Main body of faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

ESTAMPAS ALBACETENSES



## EL ALMA DEL PARQUE

*A Antonio Machado. Porque  
en cada uno de sus versos está  
toda Castilla.*

Así como algunos pueblos viven del recuerdo de su pasado triunfal, otros viven de la realidad deslumbradora de su presente. Sin ir más lejos, Chinchilla—la antigua Saltigi romana—vive de remembranzas de cosas que fueron... Albacete, no. Albacete, ciudad moderna, ciudad «de hoy», de su presente vive. Y en lugar de hablar devotamente de un hecho histórico glorioso o de contemplar con admiración un monumento que le legaran sus antepasados, se enorgullece de su Parque. De ese Parque de Canalejas que ofrece amablemente sus brazos al caminante, sonriéndole...

Cada paseo tiene su fisonomía propia, peculiar, inconfundible. El paseo de la Feria, verbigracia, se muestra ahora, después de los festejos septembrinos, hosco, ceñudo, como si al irse la feria se hubiese llevado algo de su propia vida. Porque ama la alegría, el ruido, el bullicio, la garrulería de la feria, ¡la gente! El paseo de la Feria, sin estar abarrotado de gente, es triste como un árbol sin hojas.

En cambio, el Parque... El Parque es distinguido, aristocrático. Tiene la suprema distinción de la soledad, la aristocracia suprema del silencio. Es recatado como una virgencita manchega. Y como ella, lleno de vida y de juventud.

Acogedor y cordial como una gran sonrisa, es asilo de poetas, de soñadores, de enamorados, de desengañados de la vida; de todos esos hombres que gustan de devorar a solas sus inquietudes...

Bajo el inmenso palio azul del cielo, en esta mañana tibia y soleada, el Parque permanece quieto y mudo. Ni una voz, ni un rumor... Y pensamos en las mañanas en que el sol hacia de fuego la arena de los paseos; en esas mañanas veraniegas en que unos grupos de muchachas se sentaban a coser cabe la fresca sombra amable de los pinos, y los niños correteaban, incansables y sudorosos; en esas mañanas, llenas de risas, que se han ido ya...

Nos acercamos a la minúscula Biblioteca Municipal, que tiene su asiento en una de las plazoletas rodeadas de pinos que hay a ambos lados del paseo central — amplio paseo enarenado que forma una T gigantesca—. La señora encargada de la biblioteca nos tiende solícitamente el «Catálogo de obras». Los nombres *ilustres* de José María Carretero, de Díaz-Caneja, de Insúa..., se brindan a la voraz curiosidad de los lectores. Uno cualquiera de ellos. ¿Qué más da?...

Miramos con melancolla a esta biblioteca «de juguete», que siendo tan pequeña no se ve llena aún. ¡Po-

brecita biblioteca popular, que acabas de nacer y conoces ya los rigores de la vida! ¡Cuán pocas caricias tuvieron los próceres para tí! Uno de ellos, de una sola vez y sin esfuerzo, pudo llenar de libros tus entrañas para toda la vida. Y, sin embargo... Pero no importa. Hija del pueblo eres, y el pueblo se encargará, poco a poco, sacrificio a sacrificio, de hacer de ti una bella biblioteca insignificante...

La puerta de la biblioteca, abierta, es como una boca. ¿Bosteza o sonríe irónicamente?...

Los domingos, el Parque... ¡ya no es el Parque! Es... un paseo más. Un paseo congestionado de gente endomingada y feliz, que va y viene a grandes oleadas estúpidas, mientras la banda municipal estremece el aire con la alegría de un pasodoble y el café-restaurant se puebla de voces, de taponazos, de tintineo de cucharillas...

Y el Parque todo parece avergonzado. Porque el Parque tiene la suprema distinción de la soledad, la aristocracia suprema del silencio. Y todo este estrépito plebeyo es en él como una mancha en la albura de la pechera de un frac impecable. ¡Ah, si su soledad algún día sólo la interrumpiesen los pasos discretos de una parejita enamorada! ¡Si su silencio lo rompiesen sólo unos versos o el gorjeo de una risa de mujer!...

Y cuando el cielo se tiñe de rosa, al acostarse el sol tras el tapiz del horizonte, diríase que aquello es un rubor.

La plazoleta del estanque es un rincón romántico en la serenidad infinita de la noche y bajo el lívido resplandor de la luna y el parpadeo irónico de las estrellas irónicas. En la solemnidad nocturna todo tiene algo de maravilla. Los cisnes, que bogan majestuosos. Las aguas, que se abren a su paso como consteladas de pedrería...

Un airecillo suave finge entre los árboles rumor de besos. Pero los guardas—realidad grosera en la estampa bruja—no se fían del aire ni de los árboles. Y caminan ojo avizor. Porque ésta es la hora de las «materializaciones» amorosas...

Y he aquí el alma del Parque, asilo de soñadores, acogedor y cordial como una gran sonrisa.

Octubre.

## LA CABALIZATA DE LOS REYES :

A Luis Buñuel, que ha dejado  
el mundo mejor de su tiempo sobre  
el mundo actual de todos los  
países.

Navidades literarias, plagueta de tipos, las Navidades del año que se le ha. Navidades impecables e inolvidables. La vida se ha sentido simplemente gomosa, y ha querido dejar en buen lugar al arte, si quiera por una vez. Ha querido demostrar que también nieve en Nochebuena!, y también en Nochebuena hay niños que mueren de hambre y de frío, además con ello un categórico mensaje a los incansables destructores de tantos cuentos de Navidad idealizados y encandilados.

Agradecidos, en verdad, deben estar — y lo estarán, hay que esperar lo así — los que daban todos sus planes a la evaga y anima literatura — a estas fiestas navideñas que les han permitido hablar — ¡otra vez! — de ciudades durmientes bajo el encanto — sofía Blanca — de la nieve, y poner una apostilla sentimental y descompensada — y muy humana, desde luego, aunque ¡ay! completamente inútil — a la muerte de tantos desdichados sin hogar y sin pan.



Albacete, también bajo el hechizo de la nieve, un pequeño y frío blanco, semejante uno de esos nevados que han degenerado en tóxico también. Pero sus Navidades han tenido otro atractivo más. Albacete, anoche, ha visitado por los Reyes Magos.

Espectáculo legítimo, altamente nostálgico, como una evocación de horas mejores, el ofrecido ayer —cuando la ciudad se envolvía en las sombras primeras y las luces del alumbrado público acababan de crecendarse— por el Circolo de bellas Artes a la gente apilada en todas las esquinas y armada a todos los balcones.

La cabalgata de los Reyes Magos, avanzando entre el redoble rítmico de los tambores y el agudo sonar de las trompetas, envuelta en la luz roja de las antorchas, que hacían semblantes de incendio, era algo solemne, en que palpaba una emoción.

Pero muchos no han querido emocionarse. Jergosamente y han preferido decir con su sonrisa escéptica que aquello les parecía sencillamente grotesco. La cabalgata de los Reyes Magos no ha dicho nada a su corazón. No han sabido olvidar que los Reyes Magos eran unos reyes de guantarrupa, acaso, incluso, sin toda la virtuosidad y la majestad y la usqueñadencia de que, como un niño, los colos le leyenda; que los caballos no caracolaban soberbiamente, si sus cosas llegaban al suelo, graciosamente corvadas; si sus crines agitados se agitaban al viento; que todo era una farsa y todo era mentira...

No han sabido — ¡por qué suponer que no han que-

rido?—, no han sabido olvidarlo. Y es triste, triste... ¡Cuándo es tan delicioso dejar al alma que se aníe y se inunde de melancolía, y flore porque sabe ya que no hay Reyes Magos, que los Reyes Magos de la vida —el Amor, el Honor y la Gloria— están hechos de humo!...

●  
Pero la cabalgata se ha organizado para aquellos «que aún creen en los Reyes». Para los que los han contemplado palmoteando, con una sonrisa absorta en los labios y un asombro alegre y emocionado en los ojos ingenuos. Y pues para ellos, para los niños—para todos los niños—los Reyes pasaron, sublimes y grotescos, la cabalgata organizada por el Círculo de Bellas Artes ha sido un acierto. Y un éxito.

●  
Con el objeto de recaudar fondos para una fiesta tan simpática, el Bellas Artes celebró ha poco en el Teatro-Circo una velada, en la que resaltaron claramente las dotes artísticas de un cuadro de aficionados, que rivalizaron en la interpretación de la obra de Arniches *La chica del gato*.

El público respondió con creces al llamamiento que se le hizo, llenando el teatro y aplaudiendo sinceramente. Sinceramente. Con lo que quiere decirse que no ve con malos ojos estas veladas de arte organizadas por el Círculo. Y que si la realizada bajo los auspicios de los Reyes Magos no era la primera, no debe ser la última tampoco.

●  
Y como epilogo—delicado epilogo—a la cabalgata, el reparto de un montón de juguetes, encargados de

proporcionar un poco de alegría a los niños desgraciados que la vieron pasar con los ojos llorosos y una sonrisa triste y absorta en los labios exangües.

Y en torno a la cabalgata de los Reyes Magos, sublimes y grotescos, yo he imaginado este comentario, también pobre y emocionado...

6 enero.

## LA CALLE MAYOR

*Para: Azotín, autor de «Los pueblos».*

En la vida señera, callada y quieta, propicia a la meditación y al hastío—vida provinciana—de Albacete, el diario paseo nocturno de la calle Mayor—ahora, en el invierno—es algo tradicional e imprescindible. Algo irremediable. Tan inevitable como el diario paseo vespéral por el Alfonso XII en las tardes vernaes.

Todas las noches, todas, el buen albacetense, como el que va a una cita, acude a la calle Mayor, tan recoleta y tan cordial, que le recibe con el saludo amable de su doble hilera de escaparates sonrientes y resplandecientes. Y el buen albacetense comienza su paseo, el paseo obligado de todas las noches, bañada el alma en la dulce claridad optimista.

Hora encantada de la calle Mayor, ¡cómo te aman todos! Todos. Esta señorita, admiradora de Mae Murray y de Rodolfo Valentino, que guarda para ti una devoción, porque eres en su vida—toda igual, toda blanca—algo tan necesario como la diaria sesión de «cine» en el Cervantes; y esa modistilla que acaba de dejar el taller y viene a ti, rauda y gentil, seguida de

cerca por ese estudiante que tiene para ti una encendida galantería, porque tú le permites olvidarse de los libros difíciles para pensar en los amores fáciles; y aquel «pollo pera»—¡oh el «pollo pera» provinciano, gracioso y lamentable!—que sueña contigo, en su grotesco afán de exhibir su «trinchera»; y aquel pobretón que también quiere gustar de ti, aun a trueque de gritar a todos la amargura de su frío y de su hambre; y ese señor grave que no sé quién es, pero que también se digna «dar una vuelta», solemne dentro de su gabán de pieles, antes de la cena...

Hora encantada de la calle Mayor, escaparate de todas las vanidades y todas las miserias.

...No había estado nunca en Albacete, y Albacete se le brindaba con el encanto de toda ciudad nueva y de toda mujer nueva. Defecto de las ciudades pequeñas: el encanto es fugaz. Y ante el forastero, que ya conocía «todo Albacete», surgió el problema pavoroso del «adónde ir». Eran las ocho de la noche, y alguien le dijo: «A la calle Mayor». Y en dirección a la calle Mayor enderezó sus pasos. No le agradó aquello. Ni aquel día ni en los sucesivos.—¿Adónde ir?—. Lo encontraba absurdo. Aquella gente que no conocía, pero que siempre era la misma, yendo y viniendo constantemente y automáticamente, limitada a un espacio tan reducido—paradoja de la calle Mayor—, le producía una extraña sensación de malestar, de ahogo. Y luego, cuando todos se iban y la calle Mayor quedaba desierta y en silencio, él gustaba de, camino del hotel

—uno de estos hoteles albacetenses, dignos de una gran capital—, bañarse dulcemente en el recuerdo de su anterior vida aventurera y sufrir pensando en el vivir de ahora, a que el azar le había condenado.

Una noche—eran las ocho—se sintió repentinamente indispuerto. Y fué enorme su sorpresa al darse cuenta de que su pensamiento acababa de volar a la calle Mayor, «a la que no podía ir». En lo más íntimo de su orgullo de viajero infatigable, sintióse herido. ¿Era ridículo, absurdo, inexplicable? No. Era, sencillamente, que su alma, cansada de volar, sin detenerse nunca entre tantas almas desconocidas, febriles y hostiles, había experimentado el placer de detenerse al borde del camino y gustar la quietud. He aquí el veneno de la calle Mayor.

Sueños juveniles, sueños exaltados de amor y de gloria: hay algo en vosotros que es como una sombra y como una inquietud. Nos habláis de mujeres hermosas, admiradoras de nuestro arte, que mañana llenarán de luces de aventura nuestro camino y de alegría nuestro corazón; de ciudades lejanas donde nuestros ojos, ávidos, podrán escudriñar horizontes nuevos, y viviremos una vida distinta de esta provinciana, tan pobre y tan vulgar...

Y, sin embargo... Puede que algún día—¡oh sueños juveniles de amor y de gloria!—lo tengamos todo. ¡Todo, menos la hora encantada de la calle Mayor de nuestro pueblo!...

... ..

... ..

... ..

«INTERMEZZO» CARNAVALESKO

A F. del Campo Aguilár.

EL CARNAVAL SE MUERE

Hé aquí al señor Carnaval, otra vez. Helo aquí sudoroso, cansado, desencantado, viejo... ¡El pobre!... ¡Oh juventud, tan lejana y tan próxima, paradójicamente! Juventud dorada, enfebrecida, loca, llena de ruido y de carcajadas—la alegría y el *champagne* se abrazan en las copas—, en que todo nos divierte... Y hoy ya... Hoy ya es «el señor Carnaval». Es decir: una nostálgica greguería de risas remotas y un temblor cobarde por la muerte que sentimos ya cerca.

LA HORA DEL BAILE

Tras la hora grotesca, plebeya y absurda de la calle, esta hora nos trae—tal vez—una palabra dulce, una frase atrevida, irónica; una sonrisa, la mirada de unos ojos que no hemos de ver más...

GACETILLA

Vaya aquí, al pie breve de esa hora amable, la gacetilla que exige el momento: en el Casino Primitivo, en el Ateneo, en todos los círculos albacetenses, se celebran los bailes carnavalescos con la animación, con el bullicio y con la alegría de siempre.

EL DIARIO DE ALBACETE, 22-II-28.



## EL PUENTE DE MADERA

*A D. Vicente Díez de Tejada.  
Porque su nombre no puede faltar  
en un libro mío, como su  
mano no ha dejado de estrechar  
mi mano.*

El puente de Madera—cuyo nombre se debe a que de madera estuvo construido en otro tiempo—había sido siempre un puente absolutamente vulgar y dolorosamente insignificante. A semejanza de esas personas de vida triste y gris, a las que jamás les ha ocurrido nada, las alas doradas de la leyenda no le rozaron nunca. Tendido en las afueras sobre la vía férrea—a un lado Albacete, «ciudad vaso de luz por Dios ungi-da...», según versos de Salvador Rueda, y al otro la serpentina polvorienta y blanca de la carretera y la cárcel huraña, sombría como una amenaza—, el puente tenía algo de símbolo—simbolizaba la quietud—, y los trenes dejaban al pasar, empenachados de humo, una tristeza en él. Tal vez fué amigo—uno de esos «amigos» mediocres y avergonzados que nos saludan timidamente y a quienes apenas contestamos—del vagón de ferrocarril héroe afortunado de las celebradas *Memorias de Zamacois*.

En los días apacibles, tibios y soleados, en que los rieles bruñidos eran como dos rayos de sol que fuesen a herir al horizonte y los trenes pasaban taudos y estruendosos, con un silbido alegre, el puente de Madeira se estremecía de júbilo y hubiese querido volar, irse. Pero era puente—simbolizaba la quietud—y había de permanecer siempre así, siempre allí, entre tantas cosas que le hablaban de huir. Sólo restaba a su alma—¡oh el alma oculta y silenciosa, pero cierta, de las cosas!—el consuelo de saber que hay muchos hombres que «son también puentes» en la vida.

Y había algo que, como la desesperación de no moverse nunca, le atenazaba como un dolor. Era su humildad, su insignificancia, su «no tener historia», la falta de una leyenda que prestigiase su figura, llenándola de luz, como la de otros puentes hermanos a quienes la casualidad hizo famosos. El día que alguien pudiese detenerse en él y decir: «aquí fué», ese día él olvidaría «la tristeza de ser puente» para sentirse plenamente feliz.

Hace de ello un año, dos años... Una noche—noche serena, estrellada y callada—, un hombre llegó a él. Venía andando torpemente, y había en sus pupilas un brillo extraño, y en sus labios apretados un dolor. Apoyó sus brazos en el puente, y el puente se sintió invadido por una emoción honda, desconocida; tuvo la sensación de que el hombre aquél iba a ser algo

definitivo en su vida. Y fué como si el Misterio, por vez primera, le rozase los párpados con sus dedos temes.

En los ojos desorbitados del desconocido, y en sus manos, rojas de sangre, el puente quiso adivinar un drama terrible y desmelenado de amor y de celos. Allá abajo, las luces innumerables de la estación, temblorosas como pupilas misteriosas, tenían en sus guiños algo de llamada alucinante. El desconocido estuvo contemplándolas fijamente unos instantes, instantes breves como palpitaciones, y eternos. Luego miró en torno suyo—todo desierto, todo callado—y se lanzó al vacío. Su cuerpo describió en el aire calmo de la noche una cabriola funambulesca y quedó tendido allá abajo, los brazos en cruz, cara al cielo y sobre los rieles temblorosos de luna.

Al otro día, y muchos días después, la gente no habló de otra cosa. Aquel hombre, que tras de apuñalar a su mujer se había matado arrojándose por el puente de Madera, sujetaba la atención de todos con la fuerza irresistible de una obsesión. Y el puente se sentía orgulloso. Su vanidad era la vanidad de la mujer que no logra al pasar una mirada nuestra y por la que después un hombre se mata.

Y una noche—noche serena y estrellada como «la otra»—, una pareja enamorada detuvo sus pasos en el puente. Y antes de decirse su amor y de besarse, como otras veces, frente a las luces innumerables y temblorosas de la estación, él tuvo para el puente unas

palabras románticas, que fueron como el principio de una pequeña leyenda:

—Aquí fué. Quiso descansar su cabeza en el regazo de la noche, y la noche, como una mala mujer, lo mató entre sus brazos. Aquí fué...

## EL POETA QUE CANTÓ A LA MUJER MANCHEGA

*A Rodolfo Vinas.*

En un ambiente como este de Albacete, tan saturado de materialismo, tan poco propicio a manifestaciones del espíritu, la figura de un poeta—flor que el viento sembró, milagrosamente, en la llanura desolada—ha de ser, por fuerza, algo postizo y fuera de lugar. Algo que no rima bien con el paisaje y con las almas. Es doloroso, pero es así. Hay que tener la valentía de reconocerlo y la valentía, todavía mayor, de hacerlo constar. Enérgicamente. ¿Para qué engañar a los demás y engañarnos nosotros?...

Es triste, sí, muy triste y muy lamentable, que Albacete sólo tenga para un poeta—un gran poeta—que es *suyo* un gesto de indiferencia. Indiferencia, tras la que no hay—no puede haber—desdén, sino incomprensión. Incomprensión. He aquí una palabra que no puede, en su flexibilidad ecléctica, molestar a nadie. Tal vez por eso se haya empleado tanto para esquivar gentilmente esa otra—ignorancia—tan dura y tan hiriente.

El poeta—digámoslo ya—es Francisco Belmonte. El poeta que cantó a la mujer manchega en versos inspirados y alados, y sencillos—¡oh inquietante paradoja de la difícil sencillez!—. La mujer manchega, flor milagrosa, delicada y tímida, en el páramo de la Mancha, puede estar orgullosa, sincera y emocionada y noblemente orgullosa, porque el mágico tesoro de sus bellezas y sus bondades ha sido ya cantado. Y en algo tan grato a sus oídos y a su corazón como las seguidillas clásicas. Las seguidillas vibrantes, retozonas, cordiales, estremecidas; alegría y dolor, amor y deseo, beso y juramento. Las seguidillas, que nos hablan de pasiones sencillas, primitivas, y tienen algo de guitarra que floras en la noche. Y la mujer manchega ha sentido cómo llegaban a sus oídos y le punzaban en el corazón—dulcemente y dolorosamente—las seguidillas...

«Tú eres la gran señora  
de aire sencillo,  
humilde labradora,  
flor de tomillo.

Zagalilla inocente,  
nieve serrana,  
regato transparente,  
vellón de lana.

Eres bendita lluvia,  
vivo arrebol,  
eres la espiga rubia  
que dora el sol.

Tú eres mi amor sincero,  
mi amor profundo.  
Manchega es la que quiero  
más en el mundo.

De la Mancha es la entraña  
que me dió el ser.  
¡Afecto que no engaña!  
¡Santo querer!

La llama donde enciendo  
mi amor más vivo,  
La que llora leyendo  
lo que yo escribo.

¡Madre, voz de unción llena  
que el pecho ensancha!  
¡Madre callada y buena,  
tú eres la Mancha!

Y aquella a quien dirija  
mis madrigales.  
La mujer que me allija  
de dulces males.

La que me tenga preso  
de sus quereres.  
La que al calor de un beso  
funda dos seres.

La que ansiadas cadenas  
sufra en mi abrazo.  
La que lllore sus penas  
en mi regazo.

La que parta conmigo  
su honrado lecho  
y un corazón amigo  
busque en mi pecho.

La que, alegrando un poco  
mi obscuro mote,  
me dé un hijo más loco  
que Don Quijote...

Manchega y morenita  
quiero que sea.  
¡De la tierra bendita  
de Dulcinea!

Este poema, todo ternura, inspiración y delicadeza, para el que la máxima autoridad de D. Jacinto Benavente tuvo el regalo inapreciable de una frase elogiosa, basta para señalar la altura espiritual de Francisco Belmonte. El triunfo le aguarda, y debe ir a su encuentro. Porque el triunfo, que no buscó a nadie nunca, sabe tender sus brazos a quien lo merece y en su busca va.

Y mañana, cuando el éxito haya tenido para él sus sonrisas mejores, este Albacete de sus amores—de nuestros amores—querrá decir, gritar, que este poeta es *suyo* y para él lo quiere. Y dirá, gritará, que su triunfo era algo que todos esperaban, porque sabían todos que en Francisco Belmonte había un gran artista. Sin pensar que en otro tiempo, cuando una frase de elogio puede servir de algo y unas palabras de estímulo y de aliento lo son todo, sólo supo recoger la semilla que el poeta lanzó generosamente al viento en flores mustias, tristes flores de incomprensión y de olvido. ¡Con qué razón dijo Araquistain que los hombres no triunfan gracias a su pueblo, sino a pesar de él!...

## CANTAN LAS CAMPANAS...

*Para todos aquellos de cuyo  
nombre quiero no acordarme,  
(Para todas las manos que  
aprisionan la mía con una amista-  
dosa enemistad).*

«Ha sido firmada la concesión del ferrocarril de Baeza a Utiel pasando por Albacete».

Son éstos los renglones escuetos—mágicos renglones, en cada uno de los cuales, como en un corazón, late un temblor emocionado—que Albacete recibió anoche con los brazos abiertos y en los ojos una lágrima alegre. Porque ellos eran—¿habrá que decirlo?—la esperanza cumplida, el anhelo satisfecho, la ilusión dorada que se trueca—milagrosamente—en realidades. Todo—ilusión, anhelo y esperanza—ya un poco fatigado de la espera, que a veces se espera sin esperar nada. Y no era ésta de ahora una ilusión que, desvanecida, apenas deja en el alma una lene, amarga sensación de fracaso, no; era algo más, era mucho más. Lo era todo. Una de esas esperanzas tan preciadas, tan queridas—¡tan nuestras!—, en las que pusimos la vida entera, íntegra, sin reservar cautamente un átomo de energía para la caída tan posible, y alientan en nosotros a fuerza de calor del corazón.

El pueblo se desbordó ruidosamente por las calles, para pasear en triunfo su delirio. Cantaban las campanas, y en su canción de bronce— milenaria, ancestral— habla una alegría nueva, una emoción nueva. Horadaban la enorme comba negra los cohetes con sus fuegos fanfarrones—suben, suben vertiginosamente, y al llegar ya caen—. Abajo, sonar agudo de trompetas, recio atabaleo de tambores, músicas, gritos, vivas, vivas... Todo eso tan populachero, tan ingenuo, que no es nada y lo es todo. Todo, cuando como ahora es sincero. En esta hora conmovida, cordial, triunfal, hay que ser, sobre todas las cosas, sinceros.

Yo, quiero decir aquí que mis entusiasmos no son cohetes—que suben, suben vertiginosamente, y al llegar ya caen—.

No pasaré en silencio las palabras que, anoche, tuvo D. Antonio Gotor para todos. Frases exaltadas, arrebatadas, líricas... y sinceras. Y magnificas.

Yo quiero darle, desde aquí, las gracias. Nos llamó «hijos de la llanura», y sentimos que algo, algo muy hondo y muy aletargado, se ponía de pie en nuestro corazón. Para ver a aquel hombre que gritaba a la multitud el supremo orgullo perdonable de ser hijo de la llanura manchega. Todos, casi todos, tuvimos en aquel segundo inolvidable un poco de quijotes—quijotes: con minúscula—. Y en sólo un instante pensamos ¡tantas cosas!... Por eso, al desfilar—ya otra vez en el devenir absurdamente inexorable—llevábamos en los ojos un fracaso grotesco.

Entre tantos gritos, tantos vivas y tantos cohetes— todo tan ingenuo, tan populachero— está lo que ha de quedar, lo que dará el impulso definitivo, el primero que viene de fuera, a la vida de Albacete, el pueblo humilde, el pueblo riendo, el pueblo-justificación del solar viejo, el pueblo que sabe trabajar y ser bueno, siempre en silencio. ¡Este sí que es hijo, verdadero hijo de la Llanura!...

Por eso le quiero, y por eso lo llevo en el alma, y por eso me siento sinceramente alegre de que empiece a ser grande.

En esta hora solemne y conmovida, en que más que nunca hay que... no acordarse de tantos nombres que estrecharon nuestra mano con una cordial enemistad, cantan las campanas gloriosas, y en su voz— hecha con bronce de siglos— rie una emoción nueva, una alegría nueva...



## EL PASAJE NUEVO

*A José Luis Salado, en la  
vanguardia joven del periodismo  
literario de nuestra hora.*

Este buen pueblo manchego—ser bueno y ser manchego, ¿no es ser bueno dos veces?—que se llama Albacete continúa incansable en la derrota emprendida. Cada día que se va deja en él, con el dolor inevitable de todo lo que muere, la vibración nueva de un nuevo paso hacia ese «mañana» que tiembla con los temblores de todas las promesas.

Asomarse a él un momento, con un poco de amor o con un poco de curiosidad, es gustar en la brevedad fugitiva de un instante todas las inquietudes que hacen de su vida una vida ejemplar. Frente a esos pueblos amodorrados y suicidas, él, desasosegado por todas las ansias y por todas las ambiciones moceriles, tiene un alto valor de lección. Y de protesta. Pero—esta es la verdad—el afán de protestar, mostrando a la abulia de los otros su camino hasta hoy soleado de horas dichosas, no le preocupa demasiado. Por eso se ríe... Y es su risa una risa sana de pueblo fuerte y joven, para el que la «alegría de vivir» es algo más que una frase bonita...

Y este pueblo, que aprendió el secreto de trabajar entre risas—«y trabajar así no es trabajo» en el credo benaventiano—, quiso sorprender gratamente a los que gustan de, todos los años, vivir aquí los días felices y exaltados de su feria famosa, y por ello lo quieren con ese cariño un poco entristecido de egoísmo que guardamos para quien nos divierte. Y he ahí la ofrenda de ese magnífico pasaje—«magnífico», dando todo su valor a la palabra, tan encanallada—que une en un abrazo emocionado a la calle Mayor, tan púdica y tan sentimental, con la democrática del Tinte...

Albacete saludó, pues, este año a los que vinieron a él con una gran risa alegre y despreocupada. Alegre sin plebeyez y despreocupada sin cinismo. Que eso es el pasaje: una boca joven que ríe...

El—¡oh encanto inefable y efímero de todo lo nuevo!—hasta hace poco ha sido como una caja de Pandora que—milagrosamente—encerrase tan sólo amores y esperanzas. El amor de todos y la esperanza de muchos, la esperanza, en primer término, de aquellos para los cuales la vida—su vida—no ha dejado todavía de ser un problema. Y en torno a él, en torno a esos huecos vacíos aún como cuencas vacías, en que pareció anidar la tentación, que pronto serán escaparates fastuosos, ¡cuántas ilusiones calladas, cuántos proyectos inconfesados, cuántos ojos anhelantes, expectantes!...

En cuanto a la calle Mayor, tan púdica y tan sentimental, ante esa gran carcajada que es el pasaje nuevo, se siente empequeñecida, postergada, olvidada,

más insignificante y más triste que nunca. Pero tiene alma de mujer, y es provinciana, y sabe perdonar, y... le ha perdonado ya. Ni odio ni rencor. Todo lo contrario: en sus ojos, temblorosos de lágrimas, hay gratitud emocionada, acaso el primer chispazo de un amor futuro húmedo del zumo agridulce de todo lo imposible. Porque «él», como uno de esos príncipes buenos que aman todo lo humilde—y que sólo existen, ¡ay!, en los cuentos ingenuos—, ha venido a decirle algo de lo que es una gran ciudad, una de esas ciudades hiperestésicas del ruido y de la prisa que poblaron de quimeras sus noches provincianas, blancas de ingenuidad, de lirismos y de luna.

La calle Mayor tiene ahora algo del dolor sin sollozos, contenido y horrible, de la mujer a quien todos alfombraron de amores el camino, y que un día infausto, al mirarse al espejo, se ve vieja. Y la calle Mayor, que fué hasta hoy «el alma de Albacete», se siente ya alejada—desgarradoramente—de este pueblo desconocido que va teniendo prisa. Y piensa que sólo podrá ya vivir de recuerdos...

Y de amor, de amor también, pobrecita calle Mayor. De ese amor tuyo—inevitable—, constelado de todas las renunciaciones, al pasaje arrogante y reidor que deslumbró tu alma temblorosa de mujer púdica y sentimental. Y mañana, cuando esos huecos vacíos aún como cuencas vacías, sean escaparates lujosos donde todo a vosotras—a vosotras, las mujeres—parece llamaros, tú serás feliz, porque la felicidad de «él»—a ti, tan olvidada—te llenará de lágrimas los ojos...

LA VOZ, 20-XII-27.

En el presente tratado se trata de la Gramática Castellana, y de sus principios y reglas.
 En el primer capítulo se trata de la Oración, y de sus partes. En el segundo capítulo se trata de la
 Proposición, y de sus miembros. En el tercer capítulo se trata de la Sentencia, y de sus
 miembros. En el cuarto capítulo se trata de la Figura, y de sus especies. En el quinto capítulo se
 trata de la Metáfora, y de sus especies. En el sexto capítulo se trata de la Aliteración, y de
 sus especies. En el séptimo capítulo se trata de la Onomatopoeia, y de sus especies. En el
 octavo capítulo se trata de la Hipérbato, y de sus especies. En el noveno capítulo se trata de
 la Anástrofe, y de sus especies. En el décimo capítulo se trata de la Epiteto, y de sus
 especies. En el undécimo capítulo se trata de la Comparación, y de sus especies. En el
 duodécimo capítulo se trata de la Similitud, y de sus especies. En el treceavo capítulo se
 trata de la Alegoría, y de sus especies. En el catorceavo capítulo se trata de la Ironía, y de
 sus especies. En el quinceavo capítulo se trata de la Hipérbole, y de sus especies. En el
 dieciséisavo capítulo se trata de la Litote, y de sus especies. En el dieciséptimo capítulo se
 trata de la Perífrasis, y de sus especies. En el dieciochoavo capítulo se trata de la
 Metonymia, y de sus especies. En el diecinueavo capítulo se trata de la Synecdoche, y de
 sus especies. En el veinteavo capítulo se trata de la Chiasmus, y de sus especies. En el
 veintavo capítulo se trata de la Anaphora, y de sus especies. En el veintiochoavo capítulo se
 trata de la Epiphora, y de sus especies. En el treintaavo capítulo se trata de la
 Chiasmus, y de sus especies. En el treinta y unoavo capítulo se trata de la
 Anaphora, y de sus especies. En el treinta y dosavo capítulo se trata de la
 Epiphora, y de sus especies. En el treinta y tresavo capítulo se trata de la
 Chiasmus, y de sus especies. En el treinta y cuatroavo capítulo se trata de la
 Anaphora, y de sus especies. En el treinta y cincoavo capítulo se trata de la
 Epiphora, y de sus especies. En el treinta y seisavo capítulo se trata de la
 Chiasmus, y de sus especies. En el treinta y sieteavo capítulo se trata de la
 Anaphora, y de sus especies. En el treinta y ochoavo capítulo se trata de la
 Epiphora, y de sus especies. En el treinta y nueveavo capítulo se trata de la
 Chiasmus, y de sus especies. En el cuarentavo capítulo se trata de la
 Anaphora, y de sus especies. En el cuarenta y unoavo capítulo se trata de la
 Epiphora, y de sus especies. En el cuarenta y dosavo capítulo se trata de la
 Chiasmus, y de sus especies. En el cuarenta y tresavo capítulo se trata de la
 Anaphora, y de sus especies. En el cuarenta y cuatroavo capítulo se trata de la
 Epiphora, y de sus especies. En el cuarenta y cincoavo capítulo se trata de la
 Chiasmus, y de sus especies. En el cuarenta y seisavo capítulo se trata de la
 Anaphora, y de sus especies. En el cuarenta y sieteavo capítulo se trata de la
 Epiphora, y de sus especies. En el cuarenta y ochoavo capítulo se trata de la
 Chiasmus, y de sus especies. En el cuarenta y nueveavo capítulo se trata de la
 Anaphora, y de sus especies. En el cincuentaavo capítulo se trata de la
 Epiphora, y de sus especies. En el cincuenta y unoavo capítulo se trata de la
 Chiasmus, y de sus especies. En el cincuenta y dosavo capítulo se trata de la
 Anaphora, y de sus especies. En el cincuenta y tresavo capítulo se trata de la
 Epiphora, y de sus especies. En el cincuenta y cuatroavo capítulo se trata de la
 Chiasmus, y de sus especies. En el cincuenta y cincoavo capítulo se trata de la
 Anaphora, y de sus especies. En el cincuenta y seisavo capítulo se trata de la
 Epiphora, y de sus especies. En el cincuenta y sieteavo capítulo se trata de la
 Chiasmus, y de sus especies. En el cincuenta y ochoavo capítulo se trata de la
 Anaphora, y de sus especies. En el cincuenta y nueveavo capítulo se trata de la
 Epiphora, y de sus especies. En el sesentaavo capítulo se trata de la
 Chiasmus, y de sus especies. En el sesenta y unoavo capítulo se trata de la
 Anaphora, y de sus especies. En el sesenta y dosavo capítulo se trata de la
 Epiphora, y de sus especies. En el sesenta y tresavo capítulo se trata de la
 Chiasmus, y de sus especies. En el sesenta y cuatroavo capítulo se trata de la
 Anaphora, y de sus especies. En el sesenta y cincoavo capítulo se trata de la
 Epiphora, y de sus especies. En el sesenta y seisavo capítulo se trata de la
 Chiasmus, y de sus especies. En el sesenta y sieteavo capítulo se trata de la
 Anaphora, y de sus especies. En el sesenta y ochoavo capítulo se trata de la
 Epiphora, y de sus especies. En el sesenta y nueveavo capítulo se trata de la
 Chiasmus, y de sus especies. En el setentaavo capítulo se trata de la
 Anaphora, y de sus especies. En el setenta y unoavo capítulo se trata de la
 Epiphora, y de sus especies. En el setenta y dosavo capítulo se trata de la
 Chiasmus, y de sus especies. En el setenta y tresavo capítulo se trata de la
 Anaphora, y de sus especies. En el setenta y cuatroavo capítulo se trata de la
 Epiphora, y de sus especies. En el setenta y cincoavo capítulo se trata de la
 Chiasmus, y de sus especies. En el setenta y seisavo capítulo se trata de la
 Anaphora, y de sus especies. En el setenta y sieteavo capítulo se trata de la
 Epiphora, y de sus especies. En el setenta y ochoavo capítulo se trata de la
 Chiasmus, y de sus especies. En el setenta y nueveavo capítulo se trata de la
 Anaphora, y de sus especies. En el ochentaavo capítulo se trata de la
 Epiphora, y de sus especies. En el ochenta y unoavo capítulo se trata de la
 Chiasmus, y de sus especies. En el ochenta y dosavo capítulo se trata de la
 Anaphora, y de sus especies. En el ochenta y tresavo capítulo se trata de la
 Epiphora, y de sus especies. En el ochenta y cuatroavo capítulo se trata de la
 Chiasmus, y de sus especies. En el ochenta y cincoavo capítulo se trata de la
 Anaphora, y de sus especies. En el ochenta y seisavo capítulo se trata de la
 Epiphora, y de sus especies. En el ochenta y sieteavo capítulo se trata de la
 Chiasmus, y de sus especies. En el ochenta y ochoavo capítulo se trata de la
 Anaphora, y de sus especies. En el ochenta y nueveavo capítulo se trata de la
 Epiphora, y de sus especies. En el noventaavo capítulo se trata de la
 Chiasmus, y de sus especies. En el noventa y unoavo capítulo se trata de la
 Anaphora, y de sus especies. En el noventa y dosavo capítulo se trata de la
 Epiphora, y de sus especies. En el noventa y tresavo capítulo se trata de la
 Chiasmus, y de sus especies. En el noventa y cuatroavo capítulo se trata de la
 Anaphora, y de sus especies. En el noventa y cincoavo capítulo se trata de la
 Epiphora, y de sus especies. En el noventa y seisavo capítulo se trata de la
 Chiasmus, y de sus especies. En el noventa y sieteavo capítulo se trata de la
 Anaphora, y de sus especies. En el noventa y ochoavo capítulo se trata de la
 Epiphora, y de sus especies. En el noventa y nueveavo capítulo se trata de la
 Chiasmus, y de sus especies. En el cienavo capítulo se trata de la
 Anaphora, y de sus especies.

## EN TORNO AL LICEO

*A Alfredo de Musset.  
In memoriam.*

Hojeando distraidamente, en una de esas soledades propicias a todas las remembranzas, mi cuaderno de estampas vulgares, me ha salido al paso la sorpresa de unas cuartillas olvidadas ya sobre este Salón Liceo melancólico y viejo—la vejez no es, en él, más que una nueva melancolía—que ensaya ahora un gesto blanco que no rima, no puede rimar bien en su historia, tejida de pecados humildes. He detenido un pensamiento fugitivo en el escenario por donde pasaron—desnudas—todas las bellezas populares y baratas. Estudiantes, patanes, buscavidas..., y vosotros, vosotros también, señores graves, señores austeros, ¿no os acordáis ya? ¿Ya no os dice nada el recuerdo de aquella hora impúdica de labios viciosos y marchitos?

En el rostro mudo y quieto, dormido, de la noche provinciana—noche de silencio, de honestidad, enyesada de luna—, la llamada insistente, inquietante, del timbre del Liceo era como un grito equívoco, y sus puertas—abiertas—parecían sonreír descocadamente. Y había en ellas algo del «¿vienes?» susurrado, suspirando al oído con temblores de queja...

¡Noches encendidas y delirantes del Liceo!... ¡A cuántos pobres hombres engañasteis con la mentira halagadora y efímera—caminaba ya hacia el ocaso el sol de su vida, y parodiaban sin saberlo al famoso personaje de Molière—de que su alma era un alma hecha para el encanto de todas las aventuras y sus labios unos labios para besar a todas las mujeres; mientras ella, pobre mujer, esperaba en vano—¡oh señores austeros, señores graves!—, los ojos enrojecidos de sueño y de llanto, frente al reloj, que le lanzaba la carcajada obsesionante de su tic-tac burlón! ¡Cuánto drama grotesco, al irónico conjuro de aquella hora maléfica y aventurera!

¡Oh la aventura ridícula en la noche provinciana, embrujada de silencio y de honestidad, y enyesada de luna!...

El «cine»—cortejo de sombras que pasan, tiene algo del fluir inexorable de la vida—va devanando ahora sobre la pantalla humilde del Salón Liceo las escenas ingenuas de una película lamentable...

Murmullos recogidos de admiración, de devoción, acogen al galán amanerado y cursi que, inclinándose, saluda con amable sonrisa estudiada. A mi lado, una mujercita—delicada, frágil, dos gotas verdes en las pupilas y un hechizo inexplicable de muñeca bonita—se estremece nerviosamente, y yo adivino en los ojos enormes, que luego se cuajarán de lágrimas, una mirada fervorosa, arrodillada, para el idolo.

He aquí las tardes blancas en que ahora el Liceo, sintiéndose viejo, quiere purificarse, redimirse de su pasado constelado de todos los pecados humildes. Y en su gesto hay el dolor estéril de lo que ha de fracasar irremediamente, el dolor de todo lo irredento. Porque su esfuerzo ha llegado tarde, y es inútil ya. En cada rincón, una boca viciosa ríe desde la sombra. La atmósfera de ayer, la atmósfera de siempre, turbia de lujuria y de melancolía—juntas, abrazadas, en el acierto de la frase rubeniana—, ha dejado en todo un olor tenue, apagado, imperceptible casi, pero que no morirá nunca, a perfumes baratos. Estas mismas cortinas de flores plebeyas y chillonas—cortinas equívocas, merecedoras del prodigio sentimental de unos versos de Baudelaire—, bajo las que se esconden las puertas laterales, le traicionan, le pierden, le delatan, nos gritan su historia, esa historia que todos sabemos...

Sobre la pantalla modesta sigue la devanadera de la película insoportable. De pronto, en el silencio, saltan las notas dulcemente ramplonas de un tango de moda.

Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page.

## LA POBRECITA BIBLIOTECA MUNICIPAL

*A R. Cansinos Arzenz.*

Mi amigo—ese amigo del que no puede prescindir todo escritor que se estima un poco, y sobre cuyos hombros generosos olvidamos la humillación de todas nuestras crónicas cobardes—chupó rápida, nerviosamente al cigarrillo, mientras se debatía entre los brazos de la pausa, y luego, encendida de impacencias la mirada y en la voz un temblor impaciente:

—No es eso, no es eso—dolióse—. No me entiende usted, no me ha entendido usted... Yo, a Albacete, tan sano, tan simpático, tan alegre—tan joven—, lo aprecio hondamente, lo quiero, lo llevo en el corazón como algo mío... ¡Si fué, precisamente, mi cariño hacia él—que no me impide razonar, «ver» las cosas, porque mi verdad es la verdad sassoniana: «el amor no me quita conocimiento sino cuando se trata de mujeres»—lo que tiró de mí, y me arrebató, arrastrándome, haciéndome hablarle a usted así, decirle todo eso que usted no ha sabido o no ha querido interpretar bien! O tal vez—seamos modestos—yo no puse en mis palabras nada de esta emocionada claridad sonriente que hoy, al volver a este pueblo que es tan mío como el mío porque es el de mi mujer y el de mis hijos, a mi alma la viste de blanco...

Me pareció aquél el momento propicio a la disculpa:

—Perdóneme. Acaso tampoco comprendió bien lo que quise decirle. . . .

—¿Que no he . . . ? ¡Hombre, por Dios! Usted, defendiendo a Albacete como acaba de defenderlo, ha querido decirme, me ha dicho tantas cosas. . . . Mi afirmación—¿equivocada?—ha sido: «esta biblioteca que el municipio creara con esa torpeza disculpable de lo que se hace por vez primera, nos ruboriza un tanto». Así sencillamente. Sin palabrería, y sin intención, ¡Dios me libre!, de haberir a éste o aquél, a nadie. Con la amargura lacónica y la hosquedad, que no aprendió a medir las palabras, de lo que muy dentro se siente y se dice. . . sin querer. Usted, al colocarse frente a esa frase mía, en la que sólo hay sinceridad, me ha ofendido, porque bajo la naturalidad correcta, fría, de su mirada y de su voz y de sus ademanes, que vinieron a mí torpeza vestidos de serenidad para castigarla mejor, yo he adivinado que me gritaba: «usted es un advenedizo, usted no puede, no debe decir eso ¡aunque fuera verdad!» Y. . . no. No. Yo tengo. . . derecho a decir todo eso y a decir mucho más. Mi amor por Albacete es mayor que el de usted, más reposado, más hondo, más fuerte: incommovible. Porque usted, cuando se detiene ante algo tan lamentable y tan inexplicable como esta pobre biblioteca ridícula, cierra los ojos. Y yo, no; y sé continuar, a pesar de eso y a pesar de todo, amándolo como antes, quién sabe si un poquito más porque ya es desgraciado. . . .

Calló, en la creencia—quizi—de que iba, otra vez, a salir a su encuentro, violentamente. Mas como viese que el silencio se había sentado entre los dos y cada segundo que moría así era un rencor que nos separaba:

—Y... entendámonos—tornó a hablar, ya tranquilo, en la inflexión de su voz una extraña mezcla dolorosa de ironía y de tristeza; y retrocediendo, claudicando yo no sé por qué— Nunca pretendí insinuar siquiera, ¡jibreme Dios!, que Albacete sea un pueblo que no lee o que lee poco o que lee muy poco. No. Pero... ¿es que le conviene parecerlo tan sólo? Y esta pobre-cita Biblioteca Municipal, tendiendo al primero que pasa esa mano en la que tan pocos quisieron dejar la limosna de un libro, y mostrándole el dolor de sus entrañas infecundas, nos hace poco bien. ¡Una biblioteca «de juguete»... vacía! Rémy de Gourmont, ¿pudo soñar algo que simbolizase mejor lo de que el alma era «un invento de la Sorbona»? Y ¿piensa usted que si alguien, juzgándonos así, superficialmente, opinara sobre nuestros ideales, sobre nuestra cultura, ¡sobre lo que primero debimos cuidar!, nos obligaría el agradecimiento a darle las gracias?...

Y así siguió, hablando, hablando, con esa monotonía incansable del que lleva razón—o del que cree llevarla, es casi lo mismo—. De cuando en vez, dejaba una leve fatiga en el regazo de un silencio breve, y volvía a caminar—*globe-trotter* de la verborrea—, con algo en su fluir de la mansa quietud inmutable de los ríos vergonzantes. Me ruborizó un poco la idea de no hacerle caso, y no le oí ya. Luego, al levantarnos para dejar

el parque amado de los poetas y los pájaros—desfallecía la tarde, violada por el véspero sobre la *chaise-longue* inmensa y propicia de la noche, y se hacían milagrosas a lo lejos las rosas sangrientas de su virginidad; la ciudad prendía ya en los revueltos cabellos de oro la guirnalda de sus luces—, una última mirada a la pobrecita Biblioteca Municipal, junto a la cual una señora—a su cuidado como al cuidado de un niño enfermo—, cosiendo sosegadamente, encendía una suave y dulce emoción de hogar...

## I. AIRES DE FERIA

*A Ramón Pérez de Ayala,  
amigo del único torero.*

La vida—la vida, tan huraña—se hace amable a veces. Y es ahora puerilmente amable, en esta hora serena, plácida y optimista del café, frente a las tazas humeantes y entre el humo de los cigarrillos...

Contemplando las volutas azules, viéndolas subir, y trenzarse en caprichosos giros, y desleírse luego en el aire claro de la tarde, pensamos en el maleficio de la feria. El maleficio de la feria—este año como todos, como todos los años—se ha exteriorizado en una vaga inquietud, imprecisa y vacua como un presentimiento, primero; ha ido después—lenta, pausadamente—creciendo, dibujándose, perfilándose, hasta acusarse rotundamente ya, fiebre en el corazón y fiebre en las pupilas emocionadas de este buen pueblo manchego que realiza el milagro de que cada año deje tras sí—con la melancolía de todo lo que se va—la jocunda satisfacción de un paso más en el camino..

Corren aires de feria. Hay en todas las cosas «algo» que nos habla de la feria. Algo que es luz y alegría

en el ambiente, y alegría y luz en los ojos, y trabajo afanoso en el pueblo entero, que se estremece y vibra, febril, en un loco deseo de engalanarlo todo, de embellecerlo todo.

Una muchedumbre bulliciosa—perfume de domingo—suele acudir al paseo de la Feria, ansiosa de sentir la aigarábia, un poco desacreditada ya, de los «cines» populares y baratos, que se inundan de una multitud alborotadora, que entra y sale a empellones, amenazando dar en tierra con la armazón de tablas, y ruge de entusiasmo ante las proezas de Tom Mix y Eddie Polo; ansiosa de encaramarse en los «caballitos», de emocionarse con las «barcas voladoras», de destrozar a pelotazos unos cuantos puchereros de Chinchilla...

Y aquí, en el café, como en todas partes, no se oye hablar más que de la feria. En esa mesa de la izquierda, unos pollos «serie D»—así les ha llamado a esos fantoches deplorables de la hora de ahora, en unos versos alegremente cáusticos, Francisco Belmonte—aseguran muy serios que la «batalla de flores» va a ser «una cosa... jamón!». En la de al lado, un corrillo de «aficionados» discute a grandes voces y con grandes aspavientos. Alguna vez sale a relucir el nombre de Chaves, o de Valencia II, o de Martín Agüero. Pero éstos—¡oh supremo dolor!—no interesan ya. En los pueblos donde, como aquí—y aquí, ¿por qué?; ¿por qué, Señor?—, una corrida de toros se da de tarde en tarde, lo que la gente quiere—a veces «la gente» razona muy bien—es toreros nuevos. Nuevos, ¿se ente-

ra la Empresa? Y si la Empresa lo sabe, ¡allá ella y el público! En cuanto al cartel presente, Simao da Veiga y Vicente Borrera, sí... La «afición» albacetense los espera. La única vez que el torero valenciano pisó el ruedo de la plaza de aquí, salió satisfecha—primero, nada; despues, dos verónicas y un pase de muleta estatuario, y luego... nada. Pero los toros, ahora, son esto: dos verónicas, un muletazo y nada—. Respecto al rejoneador, su fama y esa atracción de lo desconocido nimban su figura de prestigio. Y Marcial Lalanda, sí... ¡Oh Marcial Lalanda, la que te espera! Ha llegado el momento—por una vez...—de atarse bien los machos, ¿no se dice así?... Después de «aquellas» cuatro corridas de «aquella» feria, ¿te acuerdas? Y si te acuerdas, basta. El tópico de un silencio piadoso—¿despiadado?—. ¡Pero ha llegado el momento de atarse bien los machos! ¿Y Carancho? ¿Por qué no viene Carancho? ¿Por qué no traen a Carancho?... ¡Oh Carancho, Carancho!... Hoy, el toreo es tuyo. Eres el amo del cotarro, ¿no se dice así? Y mañana... mañana—¡oh Carancho, Carancho!—¿qué más da? A vosotros, a los «toreros-cohetes» de ahora, ¿qué más os da? Epicúreos sin saberlo, os dedicais a vivir *bien* y a vivir *hoy* todos los placeres, y el toreo y mañana, todo es igual.

... Pero no te traen. Yo, desde estas hojas popularísimas, y en nombre de todos, protesto. Porque sé—¡oh Carancho!—que eres un hombre extraordinario. ¿Torero? No lo sé. Aprendiste el secreto de intrigar a «la masa», y hoy eso es todo. La gente te ve torear, y

tiene para ti una mirada exaltada. Te adelantas, y—montera en mano— muy digno y muy serio, suplicas a un «espontáneo» que se vaya, y luego te echan un toro al corral, y la gente se te entrega ya, inconscientemente, tal vez a pesar suyo, como una mala mujer cuando alguien le pega. Y ese es tu triunfo, el secreto de tu triunfo. Y yo—yo, que no te he visto nunca—te admiro, Carancho<sup>1</sup>.

Y un poco más allá de la peña taurina, y cerca de un individuo que, dirigiéndose a un grupo de un velador cercano, habla exaltadamente—con un temblor en su voz dulce de gallego—del orfeón de Lugo, que en septiembre vendrá, unos horteras endomingados proyectan «prepararse» para triunfar en la suprema ingenuidad de una carrera de bicicletas...

Y los cafés, y las calles, y los paseos, llenos de las notas alegres de los organillos callejeros. Estos organillos que son como fantasmas. Unos fantasmas pediguileños y pegajosos que os asaltan a todas horas y en todos sitios con el estrépito de su música.



Albacete, en estos días de impaciencia que preceden a los festejos de septiembre, no es más que una gran «sala de espera». Una sala de espera llena de gentes que no bostezan, que no duermen, sino que, muy al contrario, se agitan, trabajan, rien... y esperan. Cada instante que pasa se lleva de su espíritu una in-

<sup>1</sup> Hoy, esta tarde, he visto torrear—¿torrear?—a Carancho. ¿Por qué me habré acordado de «Gecé» y de RAMÓN?—Feria del 28.

quietud y deja una alegría. Cada segundo que se va pone en sus ojos un regocijo: el regocijo íntimo de saber que ya hay «un segundo menos»...

Y la feria parece que no ha de llegar nunca.

Y la feria llegará, sacudiendo—otra vez—los hombros plebeyos de todos los ruidos.



Albacete sabe que todo—imperfecciones, torpezas, olvidos—nosotros, todos nosotros, se lo perdonaríamos siempre. Pero... ¿y los demás? ¿Y la tristeza de saber que aquel que llegó ayer hoy se va y no ha de volver nunca? ¿Y el júbilo de pensar que todos, todos, porque se fueron alegres de nosotros, volverán mañana?... Es, pues, homenaje—rendido homenaje—de la ciudad al que llega esta gran feria nuestra. Y este «culto al forastero», que...

Pero dejémoslo por hoy. Obligados por la pianola que, en esta hora placida y puerilmente optimista del café, escandaliza—en su mecánica monotonía desesperante—con las notas arbitrarias y estrafalarias de un «charlestón»...




 ESTAMPA DE FERIA
 

---

*A don Miguel de Unamuno,  
por la levantada belleza de su  
«Vida de Don Quijote y Sancho».*

¡Oh glorioso D. Ramón de las barbas gloriosas, «bárbaro y refinado como Goya», según la frase—supremo acierto—de *Juan de la Encina!*...

Digno de vos, gran D. Ramón, y de vuestro pincel—pincel mágico es vuestra pluma mágica—, que sabe de todos, de todos los colores—rojo caliente de la sangre y de las pasiones exaltadas y desorbitadas, verde maravilloso de esa ola encrespada y de las dos esmeraldas que aquella mujer lleva en los ojos, oros milagrosos de ese rayo de sol y del haz de rayos que aquella mujer lleva prendidos de los hombros, azul coruscante de este cielo puro y de esta ilusión pura...—; digno de vos el aguafuerte de brochazos bárbaramente rotundos y rotundamente magistrales y de tonalidades refinadas y estilizadas de la «cuerda» de la feria de aquí.

Y pues yo, gran D. Ramón, no puedo trasladarlo íntegramente al lienzo expectante—impoluto—de las cuartillas blancas, quédese, con el dolor inevitable de todo lo frustrado, en apunte inseguro, apagado y tembloroso.

El hervidero de la «cuerda», en esta hora crepitante y fulva del mediodía, llega a su máxima exaltación. Rodeando el real de la feria, la «cuerda» expande la vibración polifona de sus anillos, como una serpiente monstruosa. Y es ahora, incendiada de sol, y de gritos, y de voces, y de pregones, y de coplas, con su hacinamiento de carros, de lomas y de mulos y el hormiguero humano que circula por ella—arteria de la feria—, algo inolvidable. Por el fondo, el telón verde de unos árboles cercanos, y arriba, el cobalto nuevo de un cielo ilusionado—doblemente azul—, y flotando sobre todo una nube de polvo que enturbia el cuadro como una neblina, y lo suaviza, quitándole algo de su dureza agresiva...

Es ésta—¿por qué?—la «hora del negocio». La hora en que alguien comprará aquel caballo de lomos temblorosos y de finas patas impacientes y ávidas. Y la hora de «echar fuera» de una vez para siempre ese mulo renqueante y triste que—caída la cabeza y en los ojos pitañosos y enormes un dolor casi humano—espera, espera siempre, bajo un enjambre de moscas zumbadoras y tenaces...

Y... aquí tenéis: esto es algo delicioso. Plato exquisito para los «mirones» y para ese tipo curioso—inconfundible—de la «cuerda», que gusta dar en todo su opinión y aun de tocarlo todo y darle cien vueltas entre sus manos, que él se esfuerza en aparentar expertas y desengañadas. Miradlo: es inconfundible... Es éste, y aquél, y aquel otro de más allá..., todos los que escuchan ahora embobados al

gitano y al palurdo—en discusión acalorada y pintoresca—, prontos a intervenir a la menor pausa. El gitano se expresa en su jerga, y hay un asombro cómico en las pupilas cándidas del paleta, y una sonrisa socarrona en sus labios socarrones. Caído un mechón endrino sobre la frente soñadora—pincelada negra en el barro cocido de la piel—, y en los ojos profundos un reflejo metálico, el gitano tiene un espléndido perfil pasional, digno de los pinceles de Zuloaga...

...El paleta ríe. Alguna de esas sentencias—flor de la filosofía pesimista del pueblo— en las que, bajo la corteza grotesca, palpita un dolor callado, ha debido de salir de su boca socarrona, porque en el coro hay risas y codazos. El gitano sonríe también con un desdén altivo. Y cede. Y el asno, objeto de tantas burlas y de tantos elogios, pasa—mansa resignación— al lado del paleta, que acaricia su hocico —¡ea, ya es suyo, y se acabaron la bromas o...!—, monta en él torpemente, y entre la gente se pierde con un aire sanchopancesco. Y los «mirones» se van hacia otro grupo que, un poco más lejos, alborota y ríe. Y el gitano—pausado, melancólico, altivo,—se mete bajo las lonas, donde los brazos de la mujer le esperan...



Bajo la serenidad estrellada del nocturno, emudecidos todos, todos los ruidos de la feria, la «cuerda» reposa, semejante a un formidable reptil muerto, y hay en el silencio y en la quietud un placer de remanso...

Algo como una interrogación parece palpar en la tienda del gitano del otro día. Al pasar ante ella la encontramos callada, callada como las demás, pero con un silencio extraño. Y, sin saber por qué, pensamos en el gitano que el alba de ayer descubrió aquí, tendido para siempre.

... Ha quedado prendida en la paz del nocturno, como un lucero más, esa copla ardiente y desgarrada. Y la guitarra vuelve—ahora sola—a colgar sus gemidos y sus lloros de la noche. . .



## III. LA FERIA SE VA

*A Nitta Maduros.*

La feria es como una manola airosa y esquiva. Aparece con la primera corrida de toros, y con la última se va. Y es inútil que la gente—insaciable—pretenda detenerla, lucha desesperadamente por detenerla. Se va con el último torero, cogida de su brazo como una amante, dejando a su paso un perfume de melancolía. Porque es la alegría que huye, y el silencio que tiende de nuevo, blandamente, sus alas sobre la ciudad, que vuelve a su vida de siempre.

Y parece que lloran una elegía las notas, que antes fueron alegres, del último organillo...



## NOCTURNO DEL VIEJO CAFÉ

*A D. Roberto Castrovido.*

En el rostro sin un temblor de la ciudad dormida, el café romántico—viejo café galdosiano: ¿habrá un Antonio Espina a quien parezcas mal?—enciende un leve resplandor sonriente. Resplandor suave de sonrisa pudorosa y humilde. Y triste, también, con esa tristeza indefinible y difusa—neblina áurea—de las cosas desvaldas o lejanas. Y esa sonrisa nos llama, tira de nuestra resistencia, nos atrae como una pequeña fatalidad intrascendente y como esas angustiosas llamadas suspirantes, rojas del rayo tembloroso de un farol moribundo o blancas del temblor moribundo de un rayo de la luna...

Al entrar, sus espejos—tan pálidos—nos saludan tímidamente con un amable saludo avergonzado. Desde cada uno de ellos, iguales a esos viejos cuadros maestros en que todas las miradas—admiradas—dejaron, reunidas en ella, una luz trémulamente arrodillada, nos ve una emoción tejida de múltiples pequeñas emociones y de ese dolor que dejan tras sí los que se miran un momento en nosotros, y después se van. Contemplándonos—un instante—en ellos, pensamos en to-

dos los que, fugitivamente, fueron piedra en el lago dormido y maldito de sus aguas quietas. ¿Cuántos labios—pintados—de mujer les habrán sonreído en un efímero mohín complacido?...

Luego, ante la taza vacía, apurada ya a sorbos golosa y sabiamente espaciados, reconocemos—un poquitín ruborizados sin querer—que en toda afirmación, por desmesurada y por arbitraria que parezca, suele habitar un punto de verdad, y nuestro estomago, agradecido a la caricia cordial—¡oh egoísta sanchopanza, cómo te burlas de ese quijote apenado que es el corazón!—, nos obliga a conceder que no debimos sonreír ante la frase: «aquí servimos el mejor café del mundo», porque la exaltación es propia de los cafés de otrora, en que nadie había dicho todavía que los *Episodios* del maestro venerable fuesen literatura «de mesa camilla», y Gómez de la Serna no había leído aún unas cuartillas deplorables—suyas—desde la altura peligrosa, prometedoramente, del trapecio de un circo, y nadie había pensado tampoco en que alguien, un día, pudiera escribir un libro como *El pájaro pinto*. Optimistas ya, esta atmósfera tan recatada, en que corre mansamente el pulso de un «no sé qué» de hogar, nos posee, nos vence, juega con nosotros. Venimos—¿de dónde?—, terriblemente fatigada el alma, y nuestra mirada, cansada también del ajedrez idéntico de todos los campos, reposa laxamente en los divanes, democráticamente vestidos de crudo; en los veladores vacíos—alineados y blancos, como los dientes de una boca joven y reidora—; en el techo, donde unas figuras

ahumadas harán andar de nuevo a vuestra atención desmayada. Todo esto, sin el grito luminoso de los focos, bajo una luz incierta y discreta—perfume de penumbra—, tendría un admirable sabor sentimental a vieja estampa de café de ayer.

De todos modos, en esta hora desierta y silenciosa, el café tiene alma. Parece estristecido, como si meditase, como si soñase... ¡Pobre café anaerónico, que nos trae recuerdos de novelas de D. Benito, y de crónicas de Dicenta, y de tantas cosas ya muertas y un poquito olvidadas!...

Al veros en pie, el camarero acude soñoliento y solícito. Pagais con esplendidez, sabiendo que, de no haber estado allí vosotros, ha rato el café dormiría también, dueño y señor de todo el gato que—majestoso y misterioso; gato que os trae a Verlaine a la memoria—no ha mucho pasó, quizá para recordaros que descabalgaba el momento en que él empieza a pasear su pequeño secreto por entre las sillas, abrazadas sobre los dientes blancos y jóvenes de los veladores en que yace un pavor de tumba. El paseo de Alfonso, con el cortejo fantasmal de sus árboles encapuchados de rumores, os abrirá sus brazos en la paz de la noche, nevada dulcemente de lirismos y de harina lunar, invitándoos a caminar por los caminos del Ensueño. Y, acaso, al partir en busca de las calles recoletas y solas, atrayentes como vírgenes púdicas que en el nocturno embrujado ofrendasen el milagro redondo de sus senos, habléis:

—Antes de marchar, quiero verte de nuevo, viejo café sentimental, anacrónico y galdosiano. Porque has tenido para mi fatiga el sutilísimo aroma exquisito de las rosas—ya marchitas—que amamos un día. Frente a todos los cafés—turbios de humo, de dominó y de todas las incomprensiones—, tú eres un remanso... Mañana, por la tarde, vendré, viejo café provinciano que me has enseñado a dejar una lágrima sobre el nombre glorioso de Galdós, y entonces hablarán nuestras almas, libres de sueño y de melancolía...

Pues bien: no volváis. Yo os ruego, yo os aconsejo, os exijo en nombre del maestro que no volváis. Volver, sería romper el encanto estupidamente. Porque, desde la puerta—¡no volváis, señor!—, os haría retroceder una multitud que viste de blusa, espiritualmente, y lo llena todo, y todo lo mancha de barro y de ignorancia, ayudada por el estrepito agrio de una pianola que no advertíséis...

## LA NAVAJA INEVITABLE

*Para Luis Jiménez de Asúa,  
desdichado de todos los tiempos.*

(«En la mitad del barranco  
las navajas de Albacete  
bellas de sangre contraria,  
reflicen como los peces.»  
.....)

Podría juraros por mi vida que la memoria mía—más que nunca mujer—ha perdido el eco de su nombre. (¿Quién sería, Señor?...)

Lo cierto, y lo que mi memoria jamás puede echar de su regazo ingrato—que a veces los hombres pasan, pero queda una frase suya; y así, cuántos hombres sólo son, en nosotros, eso: una frase, afortunada o no!—, lo cierto es que me dijo:

—Pero ¿es posible? ¿En tu obra no hay la ofrenda de una sola cuartilla a la navaja albaceteña, que llevó a los oídos de tantas gentes el nombre de un pueblo a quien, de otro modo, acaso no conocieran nunca? ¿Es posible eso, es...?

—Si—interrumpible, sonriendo, porque Juan Bautista Poquelin me enseñó tiempo hace que «hay que soportar algo a los amigos»— Es posible, cierto. Tan cierto como que comenzaste ya por olvidar el título de mi sacrificio, como olvidaste tantas, tantas cosas, si es que puede olvidarse lo que nunca se supo...

—¡Eso...!

—¡Chist! Un momento, querido. Si cada pequeña verdad escapada—irremediabilmente—ha de ser el pretexto que corte mi discurso de esa manera brusca y desabrida que sólo evidencia, al cabo, una mala crianza, habré de callarme. Y, Dios lo sabe, quería hacerte el honor de explicarte por qué en mi cuaderno de crónicas de aquí, la navaja no va...

Abri los brazos—cruzados—de un silencio, breve como un latido, en el que abandoné un poco de cansancio y de ironía, y:

—Matar violentamente—hablé a su asombro embozado—, es «no saber matar», porque es matar sin belleza. (De haber tenido la previsión de, antes de venir en busca mía para vaciar el saco de tus vaciedades, tus reparos y tus quejas, leer a Quincey, tal vez ahora entenderas bien esto). Y... la navaja es un arma plebeya, desgarrada, con un poquito de barro de todos los arroyos entre sus cachas de Albacete, deseosas de sangre del vientre enemigo, nunca del corazón; es una blasfemia que nos hiere con una herida fea, y es ejecutoria de matonismo, de majeza y de estúpida flamenquería pasada de moda: ¡arma de *maquereaux*! Y si hay algo digno verdaderamente de la hora quintaesenciada que vivimos, es que «la gente» aprendió ya a matar de un modo elegante, esquivando la necesidad de tener que acercarse al contrincante, para que su contacto no sea un odio nuevecito, recién estrenado, con el que no contábamos. Te recomiendo, pues—no me mires así, y sobre todo... ¡no te rías, querido!—, que sí al-

gún día tu vida o la vida de los otros te obligase a matar, tengas el buen gusto de... limitarte a apretar el gatillo del juguete diabólico de tu pistola, rígido tu brazo como el brazo inapelable de Lo que Ha de Ser, o a empujar muy suave, muy delicada, muy exquisitamente a la muerte por la senda resbaladiza y polvorienta de tu espada ingrávida, cual si jugases a clavar, sobre la rosa milagrosa y sangrienta que esconde todo pecho rival, un beso de la lima...

De buen grado—ya—habría continuado, porque el veneno del lirismo envenena muy gratamente y muy dulcemente. Mas fué su cara en aquel instante algo tan grotesco y tan estúpido, que me forzó a reír, y la risa es la luz que ahuyenta a los gnomos de los ensueños diminutos.

—¡Ay, amigo mío, vive el cielo, que apenas comprendiste nada! ¿O acaso, pobre diablo, es que lo has entendido todo, y si alguna palabra va ataviada de ridículo, para ti, es ésta: soñar? ..

Se encogió de hombros, y creedme que jamás hubiera sospechado que guardase para mí un tan bello gesto. Y

—Entendí—exclamó—, y tendrás que perdonarme el atrevimiento de que, a ti que en tantas ocasiones trajiste a colación al abuelo Baudelaire, como llamas al Soñador que llevó sobre su solapa aventurera, eternamente, una *fleur du mal*—¡sé también «hacer frases»!—, te recuerde la suya: «hay que estar siempre ebrios de algo». Y tú estás borracho de todas las absurdas quimeras .. Por eso, tu libro únicamente los

que sean semejantes a ti querrán comprarlo, y aun esos pocos echarán de menos, como yo, una cuartilla lírica sobre la navaja que cantaron todos.

Se iba, y pretendí detenerlo con un abrazo, que gozar de amigos así es muy entretenido.

—Ven acá, ven acá, no seas niño. Perdóname. Yo no quise molestarte nunca. Tú sabes bien que todas estas cosas son... cosas mías. Anda, ven—ven acá, no seas niño—, y charlaremos sobre otros temas, sobre lo que te parezca mejor. Ni siquiera, ya ves, ni siquiera te reservo rencor—¡cosas tuyas, también!—por... eso, porque era tu deber de buen amigo mío augurarme el fracaso. A cambio de ello, yo podría citarte—¡una gran frase conocida!—dos palabras de Stendhal que dicen, ¿te acuerdas ya, verdad?, de rebaños y de águilas. Pero, no. Yo guardo para mí una pequeña vanidad perdonable, ¡jamás un gran orgullo depravado! Y porque sería decir lo que tantos dijeron, sería pueril y sería, antes que nada, parecerme a ti, y eso... no.

Y como, más ofendido y más digno que le viera jamás, arrastrase mi deseo de sujetarlo allí, luchando por evadirse de mis palabras y de mis brazos:

—¡No seas niño!—insisti, sonriendo. Y luego:—El fracaso tampoco querrá mi libro para él... Además—solo—, nunca se está mal.

ASÍ TERMINO MI «CUADERNO SENTIMENTAL»

## EPÍLOGO

1914

---

## EPILOGO

*¿Unas rimas a Pepe? Baldío es mi papel.  
(¿Quién mejor que su pluma dijo ya lo que es él?)*

*Pero, baldío y todo, voy a hablar porque es justo:  
decir bien de lo bueno siempre fué de buen gusto.*

*Y, además, es muy fácil: dejo el alma volar,  
ella sueña y mis labios entonan un cantar...*

\* \* \*

*Un CUADERNO menudo, prosa SENTIMENTAL.  
Todo en él vive y siente. El mote no está mal.*

*Un primer plano, triste; pero, en la lejanía,  
la dulzura de Otoño, todo melancolla.*

*Por el margen estrecho de una crónica bella,  
una maja se escapa y el amor va con ella.*

*Aquí, el negro esqueleto de un puente carcomido,  
es ansia de volar, es quietud y es olvido.*

*Allá, hundida en el polvo de humilde biblioteca,  
la alegre mariposa de una ilusión se seca.*

*Más lejos, una prosa saltarina y galana  
nos traduce la linda canción de una campana.*

*Envolviendo en las redes del mal a una inocente,  
el eterno Don Juan sonríe eternamente.*

*Todo vive, todo ama bajo la mancha oscura  
del árbol que nos brinda sosiego, paz, ventura...*

.....

*Fondo, Valdés Leal; con unas pinceladas  
de lejanos azules, de ilusiones aladas.*

\* \* \*

*¿Por qué las cosas grises que mueren cada día  
nos hablan hoy tan hondo, con tal melancolía?*

*El misterio es sencillo; y la razón, secreta:  
cree Pepe que es cronista y no hay tal; es... poeta.*

*Poeta que, por una paradoja curiosa,  
sintiendo en limpio verso se explica en limpia prosa.*

*Siempre, de tal milagro, la causa fué sencilla:  
quien brilla con luz propia, piensa que todo brilla.*

*Cuando lo que hay de cierto es que, con lo que sobra  
de resplandor a un alma, lo muerto vida cobra.*

*Y, ante la recia lumbre de un espíritu fuerte,  
es dulzura la vida y es belleza la muerte.*

*(No de otra suerte pudo, en la Inmortal ficción,  
ser princesa una zafia y castillo un mesón).*

\* \* \*

*Para el más sutil giro de tu ingenioso trazo,  
la emoción más sincera del más sincero abrazo.*

\* \* \*

*...Y la canción acaba. En el CUADÉRNO aquel  
gustó el sediento labio grato dulzor de miel*

*Por serenas regiones dejé el alma volar  
y se ha cansado un poco... Mañana, otro cantar.*

*Francisco Blasco*



NOTAS



## NOTAS

Lector desconocido: Dios te guarde.  
¿Egoísmo? No. Agradecimiento nada más.

Yo voy soñando por la vida un libro que no escribiré nunca.

Tan maravilloso que sobre la frente augusta de su hoja primera pudiera llevar dignamente el beso de esta lágrima: A MI PADRE.

La princesa *Bebé*—una de las marionetas que Benavente concibiera mejor—: «Mi matrimonio ahora con el caballero Rosmer, después del escándalo, sería como la fe de erratas al final de un libro, cuando ya se ha leído el libro; no enmienda ninguna y las recuerda todas».

Por eso este libro va sin fe de erratas.

Algún lector quizás eche de menos, *ad exemplum*, una estampa del paseo de la Cuba. Pero también otros sonreirán maliciosamente ante el epílogo y una de las crónicas más sinceras que he escrito.

Yo no escribo para esos lectores.

Y el poeta Marquina dijo: «Su crónica me parece bellísima y muy sentida».

¿La modestia es «la virtud de los tontos»? Pues, entonces . . . ¡gracias, maestro!

La inmodestia es—muchas veces—una valentía; algunas, un atrevimiento tan sólo; en el caso peor, una afirmación: «yo soy . . .»

Así, la inmodestia debe ser disculpada casi siempre, y una modestia estúpida nunca puede disculparse.

. . . Y esos no podrán perdonarme. Para perdonar hay que olvidar, pero *después*. Comprender, primero.

Sé bien que si alguien ha de procurar hundir mi esfuerzo, serán en primer término *ellos*.

Mas si—según Paul Bourget—«querer al amigo es haberle perdonado previamente», ¿tendré que advertir que ya están perdonados?

¡Si mi cuaderno de fáciles estampas temblase un momento entre tus manos alargadas y pálidas—manos inolvidables que dejaron un día en mis cabellos inexpertos un olor tenue a nardos y a pecado—, qué me importaría lo demás y los demás, mujer! . . .

Este libro—mañana—será: en Ti, quizá, lloroso recuerdo emocionado; en mí, un poco de vanidad todavía y un gran desencanto inevitable; en los otros, olvido.

●

A ciencia cierta, lo que creí eficaz reactivo resultará absolutamente estéril.

Oscar Wilde exaltó «la divina inutilidad del arte». Menos mal.

●

Alguien cometerá el delito de lesa discreción de advertir en mí, a ratos, una leve *posse*.

Yo, por mi parte, reconozco que la «postura» desencantada no *me va bien* del todo, porque apenas—veintiuna veces—ha dejado el tiempo sobre mis sienes jóvenes el dolor de vivir. Pero fui sincero, porque creí—¿ingenuamente?—que, en resolución, no importa mirar mucho, sino ver bien.

Sea esto mi perdón y su disculpa.

●

¡Mi vida se muere entre los brazos eternamente levantados, insaciables, de las dos interrogaciones del amor y del arte!

●

«Para las almas inquietas, para los espíritus ávidos de emociones, nada más interesante que una Mujer, un Libro y un Camino».

Vaya a Sérvulo la gran alegría de este gesto delicado e inclinado del corazón andariego y aventurero de Zamacois...

No me acuerdo qué amigo advirtiome muy serio que a veces hay en mis estampas humildes tan sólo palabras.

Lo miré, asombrado. ¿Acaso, en la vida, hay otra cosa que palabras?



Cansado de dudar, me he preguntado nuevamente: «¿Por qué los libros no tendrán un precio para cada lector?...»

Y ¿no es esto así, en definitiva?



Esta tercera salida mía, ¿será también mi última salida?



«El artista habla demasiado de su obra cuando su obra no puede hacer lo mismo de él».

¡Sabia frase, Felipe Sassone! No seguida por usted, pero sabia.

Callemos.

—¿Definitivamente?...—

## RUTA SEGUIDA

	Págs.
Palabras de EDUARDO ZAMACOIS.....	5
Auto-retrato.....	9
1. El alma del Parque.....	15
2. La cabalgata de los Reyes.....	19
3. La calle Mayor.....	23
4. «Intermezzo» carnavalesco.....	27
5. El puente de Madera.....	29
6. El poeta que cantó a la mujer manchega.....	33
7. Cantan las campanas.....	37
8. El pasaje nuevo.....	41
9. En torno al Liceo.....	45
10. La pobrecita Biblioteca Municipal.....	49
11. I. Aires de feria.....	53
12. II. Estampa de feria.....	59
13. III. La feria se va.....	63
14. Nocturno del viejo café.....	65
15. La navaja inevitable.....	69
Epílogo de FRANCISCO BELMONTE.....	73
Notas.....	79



MATEO



*Cafés Legorburu*

PUREZA GARANTIZADA =

# BANCO CENTRAL

Alcalá, 31.—Madrid

Agencia: Goya, 89 (esquina a Torrijos). Teléfono 55705

CAPITAL AUTORIZADO.....	200.000.000,00 de pesetas.
CAPITAL DESEMBOLSADO	60.000.000,00
FONDOS DE RESERVA.....	16.000.000,00

## SUCURSALES

Albacete, Alcalá la Real, Alcázar de San Juan, Alicante, Almansa, Audújar, Arenas de San Pedro, Arzobispo, Archena, Astorga, Avila, Barcelona, Barco de Ayta, Beas de Segura, Bellinz, Campo de Criptana, Carcabuey, Carcabuey, Carmona, Cebreros, Ciudad Real, Córdoba, Cervera, Daimiel, Dos Hermanas, Enguera, Hellín, Jacar, Játiva, La Bañera, La Carlota, La Roda, León, Llerida, Linares, Logroño, Lora, Lucena, Málaga, Manzanares, Marchena, Marib, Medina del Campo, Mora de Toledo, Murcia, Ocaña, Orpesa, Osuna, Peñaranda de Bracamonte, Piedrahita, Priego de Córdoba, Puente Genil, Quintanar de la Orden, Rivas, San Clemente, Sevilla, Sigüenza, Sueca, Talavera de la Reina, Toledo, Tomelloso, Tortosa, Torredelcampo, Torredonjimeno, Torrijos, Trujillo, Ubeda, Valencia, Villacastán, Villa del Río, Villaanueva del Arzobispo, Villarrodrigo y Yecla.

Filial: Banco de Badajoz (Badajoz)

## INTERESES DE CUENTAS CORRIENTES EN PESETAS

A la vista	Dos y medio por ciento anual.
Con 8 días de preaviso	Tres por ciento anual.
A tres meses	Tres y medio por ciento anual.
A seis meses	Cuatro por ciento anual.
A doce o más	Cuatro y medio por ciento anual.

## CONSIGNACIONES A VENCIMIENTO FIJO

Estas consignaciones que admite el Banco por el importe de la cantidad que entrega el cliente, devengan un interés de tres y medio por ciento anual a 3 meses y de cuatro por ciento a 6 meses y cuatro y medio por ciento a un año.

## CAJA DE AHORROS

En libretas, hasta diez mil pesetas. Interés de cuatro por ciento anual. Cuentas corrientes con interés, en pesetas y en monedas extranjeras. Cuentas de crédito. Compra y venta de valores. Cobro y descuento de letras y cupones. Compra y venta de monedas extranjeras. Giros y cartas de crédito. Seguros de cambio. Depósitos de valores y, en general, toda clase de operaciones de Banca.



Automóviles

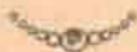
989000004

CITROËN

Carlos Martinez Montero

Paseo de Alfonso XII, 3

ALBACETE



GRAN HOTEL

ALBACETE



Lujo

Confort

LAS SEÑORAS ASEGURAN QUE LOS NIÑOS

# CARBONELL

SON LOS MEJORES

PARA CONVENCEROS, VISITAD LA EXPO-  
SICIÓN EN EL PASEO DE ALFONSO XII. 9

(JUNTO A FRANCISQUILLO)

ALBACETE



Pedid en todos los establecimientos

## Cerveza Mahou

Los inteligentes dicen que no hay  
quien la iguale.

# "LA MODA"

DOMICIO (Sastre)

Gran surtido en géneros

Se sirven encargos en 24 horas

MAYOR, 29.

ALBACETE



# ≡ ARCOS ≡

## RELOJERÍA

MAYOR, 25

ALBACETE

Composturas de plumas «stilográficas»

de todas marcas.

**JARDIN DE NIZA**

**PLANTAS Y FLORES NATURALES  
FLORES ARTIFICIALES**

Se confeccionan toda clase de adornos de flores.  
Se sirven encargos para bodas, bailes,  
bautizos, banquetes, etc.

**EULOGIO MARTINEZ TEJADA**

Paseo de Lodares.

**ALBACETE**



**Academia MACEDONIO**

PRIMERA ENSEÑANZA

Bachillerato

Contabilidad del Estado

Magisterio

Isaac Peral, 6.

**ALBACETE**

**Garvasio Fernández**

Talleres mecánicos de  
construcción de carro-  
cerías para camiones  
de mercancías  
y viajeros.

Paseo de la Veleja, 20.

**ALBACETE**

**Jiménez Albaladejo**

CONFITERÍA

Marqués de Molins, 3

(Frente al Banco Central)

**Diego García Cantó**

ALTAS NOVEDADES EN

SASTRERÍA

San Julián, 2 ALBACETE

Para visión perfecta:

**Optica Americana**

**ALBACETE**

Despacho exacto de recetas de  
los señores oculistas.



SOMBRERERÍA DE

**Ginés Varea**

Mayor, 34

**ALBACETE**

Tintorería montada al  
vapor.

Lavados al seco.

**J. CÓRCOLES**

Concepción, 4-ALBACETE

---

Sucursal en Hellín:

Cassola, 6

**ACADEMIA**  
de primera y segunda  
enseñanza

Director: CAMILO GAUDE

Ultimo gran triunfo, en  
los exámenes del ba-  
chillerato universitario

---

Padre Romano, 4-ALBACETE

**ALBACETE MUSICAL**

Filial de la Unión Musical  
Española.

Pianos e instrumentos para  
bandas y orquestas.  
Ediciones musicales.

**ALBACETE RELIGIOSO**

Librería - Imágenes - Estamperia  
Orfeonera - Ornamentos - Imprenta.

**FULGENCIO MARTINEZ**

Concepción, 10 y 12.-Albacete

**ASENSIO COSTA**

**Cervecería Baviera**

CONCEPCION, 11

---

Unico establecimiento en Alba-  
cete donde se sirve la cerveza  
como en las mejores cervecerías  
de España.

**Precios reducidísimos**

Aperitivos de todas clases, Vinos  
y licores de las mejores marcas.

Venta de cerveza al detall  
y por mayor.

SASTRERÍA  
**Martínez Hermanos**

**Victoriano Martínez**

Últimas novedades en pañería

San Agustín, 16  
**ALBACETE**

**HIGO DE LORETO**

ZAPATERÍA

Medalla de oro en el  
concurso de Madrid.

**ALBACETE**

RELOJERÍA Y TALLER DE  
COMPOSTURAS DE

**José María Martínez**

VARIADO SURTIDO EN  
TODA CLASE DE  
RELOJES.

Marques de Melins, 5  
**ALBACETE**



**D JOAQUIN HORTELANO Y MORENO**

Agente para Albacete y su  
provincia del

Banco Hipotecario de España  
Subdirector en Albacete y su provin-  
cia de la Compañía de seguros contra  
incendios, accidentes y responsabili-  
dad civil para automóviles

Assurances générales

Delegado jubilado con facultades pa-  
ra hacer seguros en toda España del

Banco Vitalicio de España

Plaza de Cristóbal Sánchez, 4  
**ALBACETE**





Preço: 1 peseta.